...s Contemporáneos

ALVAJE ✱ ✱ Novela de

VADOR RUEDA

...ones de ALVAREZ-DUMONT

...cents.

Pertenece este libro
a la
Biblioteca Municipal
DE MÁLAGA
Mod. Ar. 2
Sección A
Sala
Estante
Tabla RUS
Núm. sal

ráneos
iernes
ACOIS
MADRID

AÑO I.-1 OCTUBRE 1909.-N.° 40

Precios de suscripción
Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.
Semestre 6,50 pesetas. Año 12
Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18
Anuncios: pídase tarifa.
Número suelto: 30 céntimos

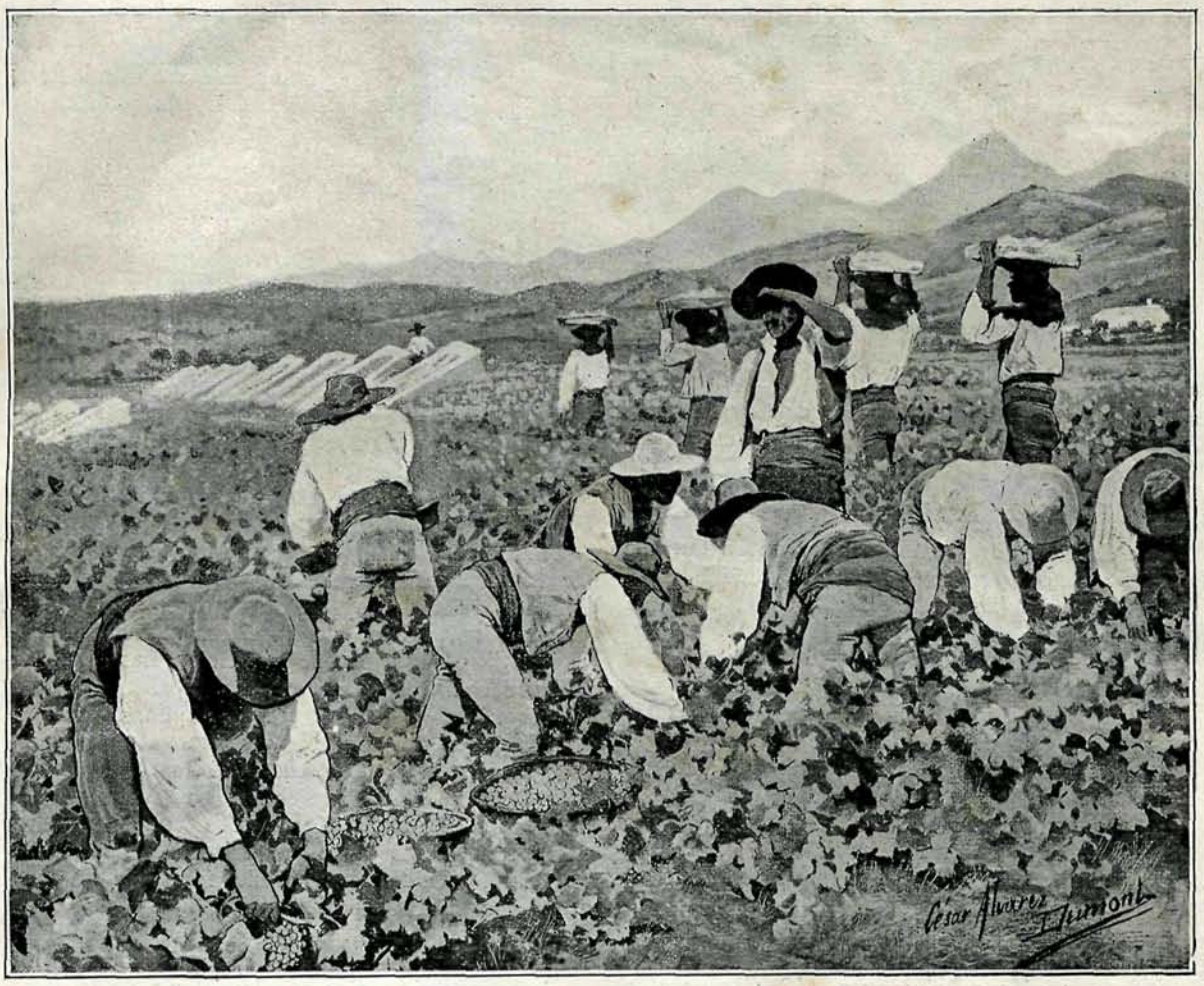
nos
prueba la **Somatose**

La alegría de ver á los niños sanos, robustos, fuertes y sonrosados se consigue únicamente administrándoles SOMATOSE

Los números atrasados de

Los Contemporáneos

están todos á la venta en esta Administración: Caños, 4, Madrid, al precio de **30** céntimos.



SALVADOR RUEDA

EL SALVAJE

POEMA CAMPESTRE

I

Da el sol de plano en la quinta, rodando en caída vertical desde el cenit. Los perros, tendidos en los trigales con la lengua como una llama, y los pájaros con los picos abiertos, sienten la insuficiencia de sus pulmones ante día tan caluroso y terrible.

A las filas de los *toldos de pasas*, llega con las venas estallando una cuadrilla de vendimiadores: descárganse los fruteros colmados de moscateles, y antes de tenderlas, los más de los hombres pásanse el revés de las manos por las frentes, y sacudiendo los dedos al aire, arrojan como un cálido latiguillo de gotas.

El insecto que cantó su romanza en el seno de Cloe, deja oir su voz entre los viñedos lujuriosos: la parva brilla en la era con la violencia de un montón de hojas de espadas.

Un vendimiador tira con arte el último racimo del viaje dentro de una de las *patas* del toldo, y disponiéndose como los otros hombres á tomar de nuevo la vereda de la viña, canta con intención esta copla:

Cuando dos van á casarse
el cura dice el latín,
y después llora la novia,
y el novio apaga el candil.

—Cuando tú cantas eso, Maoliyo, será que lo habrás visto.

—¿Er qué?

—Que se echa á llorar la novia y que er novio pega er soplo.

—Como verlo, no lo he visto, pero asina dicen que es.

—Pos si no lo has visto, ahora tienes ocasión de enterate.

—¿Cómo?

—¿No se casa dentro de unos días la hija del amo con el señorito Antonio?

—Sí; pero como á la hora der soplío me paeje á mí que no me van á dejá que yo esté ayí...

—Le píes permiso á él.

—¿A quién?

—Ar novio.

—No quió que haiga un pedrisco de muelas en la quinta.

—Pos le preguntas á ella por qué se echa á llorar en vez de echarse á reir; pues el caso, más bien es pa reir: ¿verdad, caballeros?

—Que conteste Maoliyo.

—Sí, que lo diga él.

—A él le toca explicalo—agregaron en tono de zumba algunos hombres de la cuadrilla, mientras iban vereda adelante en busca de otro viaje de uvas.

—Vamos á ver, Maoliyo—repuso el de antes: —¿Qué harías tú en el caso de la novia?

Manoliyo, por toda contestación, entre las risas y el jolgorio de los demás, se agachó y cogió una piedra para estamparla en la frente á su interlocutor.

—Pero hombre, no te enfaes; te pregunto que si te echarías tú á llorar ó á reir en el caso de la novia, porque se sabe mejó lo que se contesta en metiendo ca uno la mano en su pecho.

—No chunguearse de mí, que no me gusta er chungueo.

—Pero, ¿quién se chunguea, tú? ¿Es er caso pa chungueo? ¡Buena está!

Si te viera er novio tan enfadao... Y no debe de tener malos puños. Como buen mozo, lo es, mejorando lo presente. Cuidao, caballeros, si tié planta, y es aplomao, y tié los pies bien asentáos en er suelo. De una manguzá, Maoliyo, te barría toa la dentición.

—Pos á mí me gusta más ella—repuso otro.— Lo que es como la señorita María, no hay dos en er mundo. ¡Qué parmito, Josú! Con decí que es más guapa que Maoliyo, está dicho to.

—¡Que no me gusta que me alisen er cuero!

—¿La habéis visto esta mañana, cuando pasamos con la carga de uvas?

—Sí—respondió un mozo,—yo la ví y me queé espatarrangao sin poé andá. ¡Caballeros, qué imáge! Estaba con la arcarrasa en arto, bebiendo agua fresca de la mañanita, y se le veía to esto de la garganta, más blanco que jarina de flor, y se le notaban las venas azules que le corrían por lo blanco; y como tenía los brazos parriba y er pecho sacao, aqueyo no era pecho, Maoliyo, aquello era la impresurta.

—Que aprietas los tornillos demasiao, caya.

—Cuando dimos er segundo viaje, también la ví; pero fué de lejos, porque estaba allá bajo el ramaje der cenaor reservándose de la siesta, en compañía de su novio, er señorito Antonio. El le está ahora recogiéndole un jaz de claveles. Parecían dos pájaros en el nío.

—Como ya pué decirse que es su mujé, porque lo será dentro de un puñao de días...

—Jacen bien en celebrar las vísperas.

—Y que ahí, tanto en él como en ella, to es oro de ley, de manera que juntos ó separaos, mientras el cura no eche los garabatos, la coa no pasa de claveles.

—Y pa fino, él.

—Es fino de veras, y hombre de verdá.

El que cantó antes la copla, volvió á entonar ésta, mientras la cuadrilla de vendimiadores adelantaba bajando y subiendo por las viñas:

Breva que está en la jiguera
maurita, qué más dá
que la cojan por San Pedro,
que la cojan por San Juan.

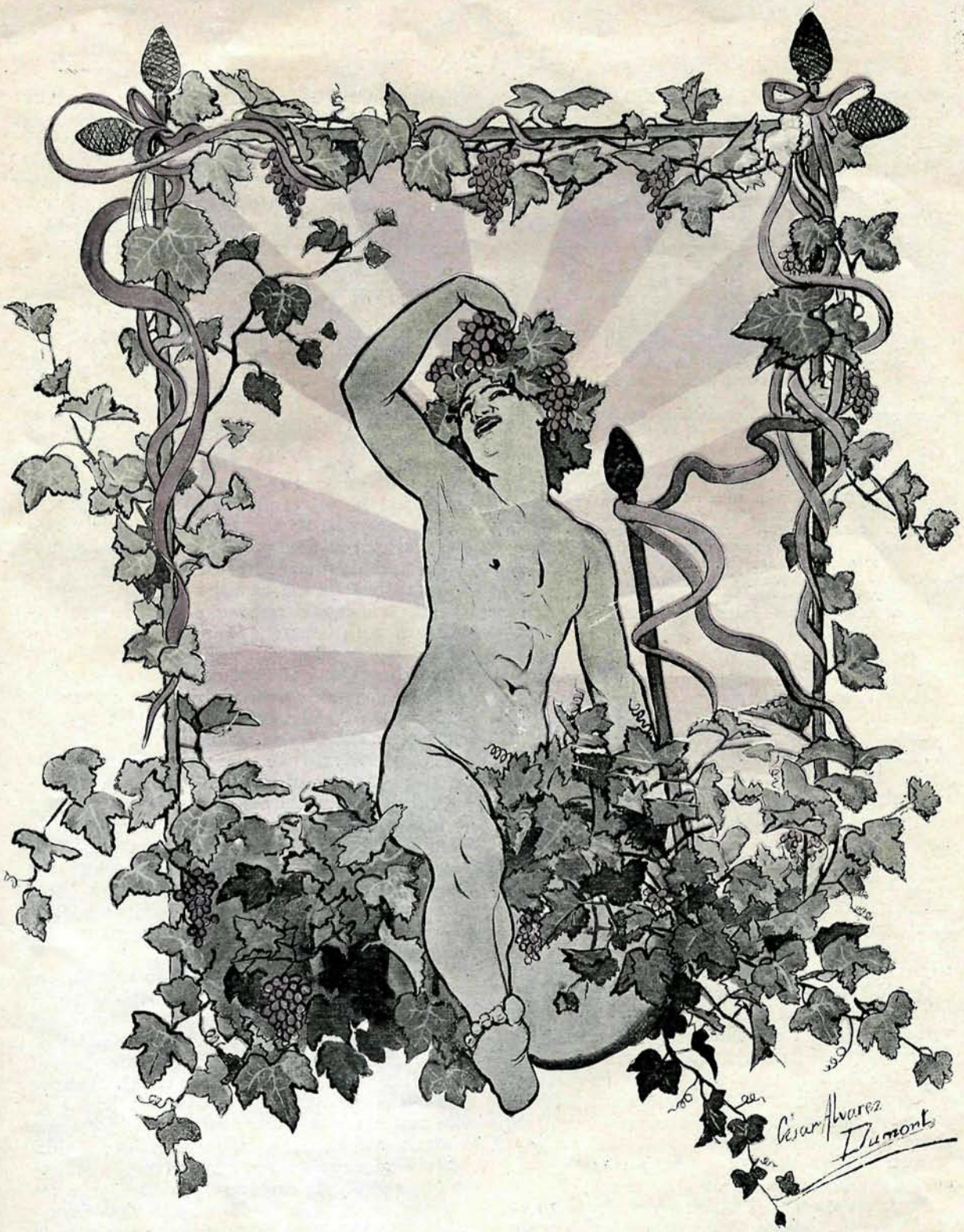
—A tó le ha de sacá éste su copla—repuso el manijero riéndose al ver la frescura de una imaginación que tan oportunamente sabía tirar cantares al viento.

Riéronse también los demás hombres, celebrando la inspiración maliciosa del rústico, y entre dimes y diretes, despropósitos y bromas, llegaron al trozo de viña en que aquel día se vendimiaba.

Caía incandescencia de los cielos. Las higueras languidecían cobijando á los perros. Los lechos de los arroyos, blancos por la sequía, no recordaban haber contenido jamás una gota de agua. Las adelfas, con flores como labios rojos de pasión donde tiembla la locura, amodorraban sus racimos de lumbre de pétalos. Y una cigarra en el repecho, como la voz autoritaria é imperativa del estío, presidía la vendimia, hinchada de canto, desbordada de pasión lírica, hecha un abrasante río de música.

Las varetas de los ceporros, enguirnaldaban los racimos, recluyéndolos en el misterio de la sombra; y desenroscando las guirnaldas, cortábanlos los vendimiadores y los tendían como un ámbar de salud en la redondez de los fruteros. Llevaban éstos de una cepa á otra, rebuscaban los colgantes maduros, de una madurez olorosa á religiosidad, los partían por la coyuntura del tallo, y los tendían igual que una miel en glóbulos transparentes. Los que en la pubertad y curiosos de sentidos, en el campo andaluz hayan andado entre las viñas de moscateles, habrán notado que estos racimos generosos, huelen á nidos hechos con tibieza de pelusa de álamos, huelen al seno de una mujer casta. Huelen esos regios racimos de moscateles á procreación, á lecho noble y honrado, del cual nacemos los hombres. La bondad de Dios está derramada en todo, lo mismo en un corazón, que en un prodigio natural, y cuanto sale de las manos deíficas, tiene el sello del polvillo de oro increado, que cae con el mismo esplendor religioso en un gajo de moscateles, que en el ala santa de una mariposa.

De una corona de uvas á Baco, no al Baco profanado por los siglos modernos, sino al gallardo, noble y ardoroso, yo colocaría, como en sitio de honor, las *marbellíes* ó las *moscateles*. Y como las más altas esferas de la palabra son las que cuaja y eterniza el verso, son las que hacen incorruptibles el ritmo y la cadencia, ved que pasando por la metamórfosis del gusano de la prosa, á la poesía de alas de oro, llama á la pluma la siguiente diadema de uvas, como una ofrenda al dios:



Ahora recoge su cosecha Baco,
rey del estío y rey de las bodegas;
ya en sus sienes, cual grandes esmeraldas,
los retorcidos pámpanos se enredan.
Sentado en el tonel de la vendimia
yérguese el dios de la ficción helénica
resguardando en el odre prodigioso
la sangre generosa de la tierra.
Con uvas de los campos andaluces
yo labraré su aurífera diadema
engarzando en el ritmo de la estrofa
claros racimos en lugar de perlas.
Penetren en el verso las *mollares*,
las gustosas *tempranas* y *rondeñas*,
y tras del velo de oro que las cubre
como el rubí sus granos resplandezcan.

Penetren las *doradas* en el ritmo
igual que en el collar entran las piedras,
y las *largas*, esbeltas como dátiles,
y las *de rey*, por su hermosura regias.
Sigan, á las de *Otelo* las *lairenes*
de túnica traslúcida y espléndida,
y las *sultanas* de dulzor sabroso,
y las *perrunas* agrias y pequeñas.
Entren, las de la copla, las *cabrieles*,
y el *cásin* del color de las cerezas,
y el *rómen* opulento y saludable,
y, alternando, las *tintas* y las *negras*.
Caígan las *lojas* del racimo hermoso
para ocupar su puesto en la cadencia,
y jueguen en el verso las *montúas*
con las *jaqueles*, como el nácar tersas.

Don Bueno, Santa Paula y baladíes
alarguen la dulcísima cadena;
perojiménez, gránulos de oro
en las estrofas musicales prendan.
Las de *albará* desciendan de los pámpanos
y á ennoblecer los hemistiquios vengan,
y las *jaenes*, cual diamantes claras,
en la noble corona se entretejan.
Luzcan las colosales *tetaburra*
su decantada redondez egregia,
ánfora rica en cuyo seno guarda
licor divino y peregrina esencia.
Y en el frente gentil de la corona,
puesto de honor, irradien su belleza
las que en sus viñas celebradas cría
la andaluza y prolífica Marbella,
de suelo generoso como Chipre,
de cielo esplendoroso como Atenas,
y cuyo dulce nombre, *marbellíes*
encanto es del oído y de la lengua.
Elaborada á golpes por el ritmo,
ésta es, ¡oh dios! la báquica diadema
que en derredor de tus augustas sienes
quiero que te coloques y te prendas.
Y ahora, del vino que fermenta joven,
desata un aúreo chorro en mi cabeza,
y derrame en mi sér nuevo bautismo,
y traspore mis huesos y mis venas.
También tu concha bautismal derrama
sobre esta Humanidad que sufre y sueña,
y estruja tus sagradas moscateles
en héroes, santos, reyes y poetas.

II

Cuando después de la conversación picante de la cuadrilla acerca de María y de Antonio llegaron los hombres á la viña, notó el manijero que faltaba uno de los trabajadores. Quien había desaparecido era el *Sombrío*, nombre con el cual se quería decir en la Hacienda el impenetrable, el tétrico.

Al oir éste que había visto uno de los hombres, solos en el cenador, á María y á Antonio, se le removió en el pecho igual que una víbora, el corazón, y sintió como los miles de lancetazos de un enjambre furioso en las entrañas.

Quedóse atrás disimuladamente; tiróse entre unos espesos matorrales que había al lado de la vereda, con el fin de ocultarse, y á poco salió en dirección del distante cenador de verdura, enclavado á unos centenares de pasos de la quinta.

La cara hirsuta del *Sombrío*, hirsuta hasta parecer un chaparral, perdió la congestión rojiza, el color de fuego que tenía cuando los hombres iban en conversación por entre las viñas, y tomó un tono desabrido y lúgubre de cera.

Su musculatura de Hércules farnesio, todo rocas de carne, parecía procedente de pedernales humanos; el pecho mostraba al través de la camisa, la arisca zalea del pecho, de un vello leznoso, la cual, como si la sacudiesen la pasión y un aliento de hoguera, alzaba y descendía su matorral de cerdas agitadas. Era el *Sombrío* semejante á un *hombre-os.*, á un hombre primitivo de la selva, en el cual se contenían sin adulteración las substancias constitutivas del hombre: su bloque membrudo, parecía contener un algo de prehistórico, de dureza druídica, *carne en rama* podría decirse. Primero, pastor que sólo habló con la claridad de las estrellas y bebió en el tazón berroqueño de los torrentes; después gañán, bajo cuya mano, que por lo potente parecía ser la del primer hombre, la reja se hundía en la honda madurez de la tierra, y bajo cuyo látigo las bestias que tiraban del arado ejercitaban, en relieve forzudo, todos sus miembros; más tarde, cuando se familiarizó un poco con lo humano, servidor en las duras tareas del cortijo, teniendo á su cargo lo más recio, lo más ingrato, lo más abrumador; llegó, por gradaciones este hombre á adaptarse al trabajo consuetudinario de la quinta, á los quehaceres de cada momento, acarrear agua del pozo, armar los toldos para el verano, transportar gavillas de sarmientos, hacer los mandados perentorios al pueblo llevando por escrito los encargos; infundir el calor del estiércol en el regazo moreno de la huerta, regar, amasar...

Y este hombre, arribado de un mundo más grandioso, del mundo de los crestones y de las cuencas, ¡qué doloroso misterio!, tenía dibujada en lo interior de su pensamiento macizo una figura ideal de mujer, que vió allá en la cordillera, entre las cabañas de los pastores. Fué esta mujer, entonces casi niña, la prometida de Antonio, María la dulce, la rubia, hecha de ámbar, heno y sol, y la de ojos como el azul del mar de Nápoles... Traída de la capital para que de niña se transformara en mujer, quiso que la llevasen á ver las altas cumbres y las piaras de ganado de los pastores del cortijo, y allá fué conducida, como si en lujoso palanquín llevasen una reina-niña á ver las barbas blancas del monte y á oir el fragor de octavas reales de las cataratas.

El *Sombrío*, con los ojos hasta entonces sólo llenos de estrellas, vió la primera silueta de mujer en su vida, y con sus trazos de luz graciosa, se le pasó, en traslaticio dibujo, al corazón: el salvaje recibió la figura en su alma como una religión, emocionado, recalado de belleza: fué como una selva que recibiese la primera bocanada de pájaros; todo él cantó interiormente; la atracción azul de los ojos de ella, le perforó los huesos, le aromó las entrañas.

Después que María tornó, satisfecha de su viaje agreste, á la quinta, las dos mariposas azules de sus ojos revolotearon noches y noches por entre los sueños del *Sombrío*, transfusionándole de claridad excitante que no le dejaba dormir; sobre el montón de heno en que María descansó la noche de la montaña, el *Sombrío* hundía el alma sedienta y el olfato avaricioso, absorbiendo la estela, allí enmarañada, de feminidad divina, rastro virgen enredado al heno silvestre. No había respirado hasta entonces el *Sombrío* más que el aroma bravo de la cordillera y la bronca masculinidad de los bosques, y su alma sintió en la de María el complemento decretado por la Naturaleza. La ansió para el amor.

Cuando de su oficio de pastor lo trasladaron á las faenas de la quinta, la joven ya se había vuelto mujer: él la recordó al verla, pero la encontró más ancha, más alta, más valiente al mirar, más hermosa. Tuvo el *Sombrío* un derrumbamiento moral al ver que ella no recordó haberlo visto nunca.

Cuando extrañada de su aspecto bravío, preguntó María á las personas de la quinta quién era, y le contestaron que el pastor del monte en cuya choza estuvo ella una vez hacía tiempo, notó con dolor infinito el tosco, que la joven hizo

un gesto de no recordar á tal hombre. Lo miró un momento con la complacencia que siente toda mujer ante un hombre, muy hombre, hundió sus ojos azules en la negrura bárbara de los ojos del salvaje, y le preguntó:

—¿Usted me ha visto alguna vez?

—Sí, señorita; en los montes.

—¿Estuve yo en la cabaña de usted, con las personas que me llevaron?

—Sí,—dijo el recio extrangulando de emoción las palabras.

—Y usted, ¿me recordaba todavía?

No pudo contestar el *Sombrío;* se tragó un nudo tremendo de emoción y dijo que sí con la cabeza.

—Pero, ya hace mucho tiempo, añadió ella gustándole el bardal de barbas del bestia y su actitud ataraguda por la enorme impresión. ¿Después de tanto tiempo, usted ha podido reconocerme bien?

—Sí.

—¿Y me hubiese usted reconocido donde quiera?

—Aunque pasaran mil años,—respondió con toda su carne y toda su alma.

—¡Qué memoria,—dijo ella riendo, con una carcajada de cristal, que llenó de música los huesos del martirizado. María le notó un ligero temblor en los brazos forrados de una zalea de vello.—¡Qué abrazo daría este bruto con esas tenazas!—reflexionó ella, simulando un instante que él pudiese arrebatarla como una fiera y llevársela al monte en una huída épica. La presencia del intenso le tiraba de la cabeza como un abismo. Ella se reía de la cerrazón hombruna del preguntado: aquello era un ejemplar en terrón, algo como levadura para hacer hombres: era *el hombre en rama.*

—¿Y viene usted á trabajar en la quinta?

—Sí, señorita.

—¿No querrá usted volverse allá otra vez con sus rebaños?

Dijo él que no con la cabeza, pero con tal brío, que pareció querer lanzar de sus hombros el cráneo. Ella rió, y comprendió, y... le gustó.

—¿Y no se molestará usted de que yo le haga también algún que otro encargo?

Contestó que no con la cabeza.

—Entonces, desde hoy, usted será mi encarguero.

—Sí, dijo con un temblor hondo y enorme.

—¿Sabrá usted llevar una carta? ¿sabrá llevar sobres con cuidado?...

—Sí.

—Pues entonces, le llevará usted cartas mías al señorito Antonio, el hijo del dueño de aquella otra quinta, y me traerá usted las suyas: le declaro á usted mi cartero.

A la cara del *Sombrío* subió un verdor de tragedia: sabía él quién era Antonio, y aunque le admiraba porque le parecía un caballero, muy hombre y muy fino, no pudieron por menos de revolvérseles las hieles al ver que él tendría que hacerse pedazos de dolor llevando aquellas cartas amorosas.

—Pues entonces, luego llamaré á usted, que ahora voy á escribir.

Iba á alejarse el *Sombrío,* cuando oyó una voz clara de hombre, á su espalda, que dijo, dirigiéndose á María:

—¿Con quién hablas?

—Con el pastor, que viene á quedarse á trabajar en la quinta.

—¡Ah, sí!

—Ya le he dicho que te llevará mis cartas y en cambio me traerá las tuyas.

—¿Sabes tú leer?, preguntóle Antonio.

—No, señorito.

—Mejor... es decir, no. En los montes, como no hay maestro, tú no has podido aprender...

—Yo me comprometo á enseñarle, agregó, espontánea María.

—¡Sí, por Dios!, guturó él atragantado.

—¿Tú?—añadió Antonio. ¡Vaya un capricho!

—¿No quieres?

—¡*Psch!*... Bueno; igual me da.

—Pero si te disgusta mi obra de caridad, nada digo.

—Al contrario, repuso Antonio: es digna de ti la obra.

—Entonces, cuando acabes del trabajo, por las noches, vienes y te iré enseñando las letras. ¡Pobres, no les enseñan más que á padecer!, musicó ella con la voz llena de misericordia; y el mismo estremecimiento humano le hizo encontrar natural y piadoso extender la mano á los rotos girones del traje del *Sombrío* y compadecerse del abandono de su vida. Luego, como un hada de luz, le desvió el matorral de cabellos de la frente, y mirándole al alma le dijo:

—¡Pobre! ¡Cómo los abandonamos! ¡Yo haré de usted un hombre! Ya verá.

La mano de luz inefable de la piadosa, alisó el brusco matorral de la frente, llena de un temblor de misericordia, que recaló, que removió, que desencajó del todo al hombre, de amor, de gratitud, de alegría, de dolor cruelísimo, de felicidad suprema.

—Bueno, váyase ahora y vuelva por la noche.

Cayeron en las losetas del pavimento unas lágrimas anchas y calientes como redondeles enor-

de María, hombre como hasta de unos veinticinco años, nacido en Sevilla, poseedor de cuantiosa fortuna y dotado del habla más natural que pudo oirse en *tierra de María Santísima.*

Su figura era un tanto alta, delgada, ágil y fibrosa, cuerpo de elástica resistencia, y á pesar de su vigor, de una suelta elegancia.

Era Cañaveral moreno tirando de largo, de un moreno agitanado y elegante: tenía la boca de labios intensamente rojos, dientes de deslumbrante blancura, sobre los cuales, cuando el mozo reía, se destacaba un bigote negrísimo abundante y bien disciplinado; era el joven un mozo de bandera, un real mozo en clase de hombre distinguido; y lo que resaltaba más en él, eran los ojos grandes, de un negro envolvente y fascinador, ojos masculinamente adormecidos en una pereza amorosa.

Venid á mí, parecían decir sus ojos á los de todas las mujeres. Y en efecto, los ojos estupendos de Antonio eran un doble imán de irresistible atracción: desmayados en una indolencia interesante, se guarnecían de cuatro aleros de pestañas enormes sobre el cutis hombruno de albaricoque moreno; y cuando Antonio gesticulaba serenamente en la conversación, los cuatro arcos empestañados se juntaban ó se entreabrían según el colorido de la plática, con una sugestión enlutada y dramática. Vistos aquellos ojos por una mujer, en la reja, y bajo la luna, y entre líos de enredaderas orladas de campanillas, eran un filtro, un escollo, una perdición. Luego, el mismo grandor de los ojos de Antonio, no dejaba escapar á mujer que los viese por ningún lado, porque *cerraban todo el horizonte...* Ojos para mirarse en ellos, ojos para rezarles, para adorarlos, para vivir en ellos y por ellos, no pudiendo mirar á otra parte, á ningún otro punto que á sus retinas desmesuradas y negras. Una novia de Antonio le había dicho una vez que sus ojos parecían nacidos de dos adormideras porque emborrachaban. Y eso parecían: ojos hijos del opio de Ceilán, que puebla el cerebro de visiones voluptuosas, ó que tuviesen por pupilas interesantes y

mes. Eran deslizadas en silencio del alma del *Sombrío.* Giró y se alejó hecho una tempestad.

III

Desaparecido el pastor, quedó Antonio sentado enfrente de su novia, algo conmovido ante la escena que acababa de desarrollarse.

—¿No me esperabas?—dijo él.

—No.

—He querido darte esta sorpresa.

—Que te agradezco infinito.

—Y me alegro de haber llegado á tiempo de ver tus aptitudes pedagógicas, tu afición á la enseñanza.

—Si lo dices con idea...

—No.

—Porque entonces, reservo mis cualidades de preceptista para mejor ocasión.

—¿Qué mejor ocasión que la de ahora? Te aplaudo y te admiro.

Antonio quedó sentado bajo el grupo opulento de plátanos que desenvolvía sus arcos de triunfo sobre la escena. Si en alguna ocasión hubiese necesidad de simbolizar en un mozo andaluz el tipo neto del señorito criado en casa rica y en haciendas de campo, forzosamente tendría que recaer la síntesis en Antonio Cañaveral, el novio

cálidas dos negras y anchas gotas de una morfina de delirio...

Toda la figura de Antonio, agitanada, alta y elástica, con esos portentosos ojos por corona, se grababa en los corazones para siempre. Además de eso, Antonio sabía guiar un tronco de caballos por el real de la feria de Sevilla; sabía vencer con varonil y suprema gallardía en los lances del acoso, lanzado á los campos de Tablada; sabía tirar á las armas maravillosamente; sabía patinar; sabía, si llegaba el caso, darle media docena de lances airosos á un novillo; y sabía más, tocar la guitarra; y más aún y mejor: cantar.

He aquí una de sus coplas predilectas:

Cuando te estoy retratando
en mis pupilas de fuego,
cierro de pronto los ojos
por ver si te pillo dentro

Efectivamente, mujer á quien Antonio metía en sus propios ojazos y le cerraba el paso abrochándose á modo de cerrojos de ébano las pestañas, aquella mujer no volvía á salir. Y presa en los ojos de hombre tan varonil y bizarro, estaba la sugestionada María.

Después de haberse alejado el *Sombrío* y quedarse ella enfrente del par de ojos de su novio y de toda su gentilísima figura, María comparó aquel prodigio de hombre con el intenso salvaje de las cumbres, y reconoció que nada podía compararse en el mundo á su prometido. Pero, se le quedó el *dejo,* sin embargo, de la otra figura, recia y brutal, toda *espesor de hombre.*

Y María, sensible como si fuese hecha de epidermis de agua, y siendo además, por afición de su naturaleza, catadora de todas las emociones del amor, se quedó, sin quererlo ella, con ambos *clichés* en el alma, para recrearse en su variedad absorbente. No es que fuese infiel un solo punto María á la adoración de Cañaveral; es que su temperamento, por inconsciencia irremediable, daba acceso á todo lo hermoso.

Desde luego, ella arrojó, al quedarse sola frente á Antonio, la figura del sugestionante pastor, pero aunque la arrojó, la figura volvió á su corazón y á su memoria muchas veces, como perro al cual se le despide repetidamente con el pie, y el perro, amorosísimo, insiste en volver, á pesar de los duros tratos é ingratitudes, y entonces... ya no hay más remedio que quererle y acariciarle...

IV

Muchas veces volvió por la noche, después del trabajo, al aprendizaje, el *Sombrío,* y con la obstinación del profesor que enseñara á una piedra, se obstinaba María en enseñar á leer al desposeído de todo amor. Las gentes de la quinta tomaban por una genialidad de la joven aquello de meter las letras del abecedario en el testuz de bronce á hombre tan obtuso: pero como una leve inclinación amorosa por parte de ella, y un grande, inmenso amor, por parte de él, servían de fondo á las lecciones, las letras poco á poco se fueron volviendo trazos de luz que se dibujaban en la memoria del pastor, y aquellos trazos fueron juntándose en acordes, inteligentes de sentido y de idea, y un presentimiento de cosa divina se asomó lentamente al alma estremecida del salvaje. Era que la conciencia del idioma se despertaba en él: las letras, que hasta entonces le habían parecido enigmas fastidiosos é impenetrables, ahora, al juntarlos entre sí y deletrearlos, veía con gozo que expresaban ideas, y que podían decir todo lo que hay en el mundo.

Poco á poco la cabeza inculta fué, con impro-

bo esfuerzo, iluminándose, despertando, comprendiendo algo de las explicaciones.

¡Qué infinita gratitud en el *Sombrío!* Aquella mujer inefable se entretenía en el altísimo ejercicio espiritual de llenarle de facetas el alma, al pulimentársela con el papel lleno de letras, como con una lija de luz...

Nunca perdió el respeto el *Sombrío,* á pesar de las continuadas lecciones: siempre manteníase pleno de tímida emoción ante el ídolo.

Un día suspendióse el deletreo de las sílabas ante la curiosidad que María sintió cuando hubieron de decirle que el *Sombrío* se arrojaba sobre los lobos del monte y los extrangulaba bebiéndoles la sangre en una vena del cuello.

¿Estaría ella enseñando á leer á un oso?...

—Dicen que usted, allá en la montaña, cuando el lobo viene, lucha á brazo partido con él.

El se encogió de hombros sin darle importancia á la noticia.

—¿Es verdad que lucha usted cuerpo á cuerpo con los lobos?...

—Cuando vienen por el ganao; que sino, ¡animalitos de Dios!

—¿Y no le da á usted miedo de entenderse con un lobo?

Nuevo encogimiento de hombros del *Sombrío.*

—Dicen también que les coge usted la garganta, y con los dientes les desgarra una vena.

Señal con la cabeza de que no.

—Y que bebe usted la sangre. Pero eso no será verdad.

—No, señorita: los extrangulo y les corto el cuello. Aquí hay bocaos de sus dientes. El salvaje mostró á María los brazos con algunas hondas cicatrices. Las gentes, que en la ancha cocina rodeaban la escena, se emocionaron. Era aquello hermoso. Los ojos se fijaron con admiración en el hombre montés.

El hizo ademán de volver á la lección sin dar la menor importancia al asunto.

—El traje de pieles con que venía usted de los montes, ¿era de piel de lobos?—siguió preguntando María.

—Es la ventaja de luchar con ellos, señorita; después que se matan se les arranca con un cuchillo el pellejo, y se hacen zamarras.

—¿Con cuántas pieles se hace un traje?

—Con seis lobos.

—¿Quién se los hace á usted?

—Yo mismo.

—¿Usted?—repuso jovialmente María;—no lo creo. Su novia se los hará. ¿No tiene usted novia allá en los picachos?

—No, señorita. Nunca ví mujer.

—¿Nunca?

El interés de la gente iba en aumento.

—¿Nunca vió usted una mujer?

—Nunca... hasta que ví á la señorita.

—¿A mí?

—Cuando estuvo en la montaña.

—¿Y hasta entonces no vió usted otra? Pero usted, ¿no tiene madre, hermanas?...

Signó que no con la cabeza.

—¿No conoció usted á su madre?

—No.

—¿Ni á sus hermanos?

—No.

—¡Pobre *Sombrío!* ¡qué solo en el mundo!

El hombre temblaba de emoción.

—¿Nadie ha cuidado de usted? ¿ni le ha querido? ¿ni se ha ocupado de tenerle un poco de lástima?

—No, señorita.

Y á la vez que el temblor de ruda pena, virilmente contenido, delataba la lucha espantable del *Sombrío,* en sus ojos apareció una lágrima dura, rebelde, lágrima como de piedra, como un amargor petrificado.

—¡Sólo usted!—dijo, derribando bruscamente la cabeza sobre el pecho.

La emoción intensa difundida por la estancia, ató las lenguas de todos. Las que eran madres, sintieron misericordia; las jóvenes, una piedad amorosa; los mozos que oían el relato, fraternidad y afán de abrazar á aquel hombre. Un niño, apenas consciente, que oía reclinado en las rodillas de su madre, abría instintivamente y llenos de asombrado candor los ojos, teniendo la primera noticia del dolor y de las luchas de los hombres.

—¿Solamente yo le he querido á usted un poco?

—Sólo usted. ¡Dios se lo pague!

Por entre el bronco espesor de las barbas del tosco, se deslizaron algunas lágrimas; él no quería alzar la cabeza por el pudor varonil de no delatarlas. En los demás ojos, las había también. Y á María le brotaba de las raíces de todo su sér una piedad dolorosísima; casi le faltaba aire para respirar.

—Pues por no haberle querido á usted nadie hasta ahora, yo le voy á querer por todos los que no le quisieron.

El *Sombrío* tragaba espantosos nudos de pena. Sin saber, ni poder contestar, no era dueño de sujetar su temblor de acero...

—¿Y usted, ¿me querrá á mí también un poco? Porque á mí me gustará también que usted me quiera. ¿Me querrá usted?

—¿Yo, ¡pero, Dios!... ¿Quererla á usted? Quisiera saberlo decir; pero no pueo, no pueo.

Por remate de la frase, el *Sombrío* se arrodilló.

Y entonces, ante el rasgo sublime, ante la divina actitud, unas mujeres se enjugaban las lágrimas con el pico del delantal, los hombres se las desmoronaban con las yemas de los dedos. El niño, sintió un aliento trágico pasar sobre su espíritu.

V

Grande, absorbente era la pasión que María profesaba á Antonio, pero era mayor aún la pasión de creador que sentía ante lo divino de modelar un hombre, de extraerlo con su sentimiento á golpe de cincel de un bloque hirsuto de carne. De la montaña se había desgajado el témpano y había caído en sus manos: á ellas les pertenecía labrarlo, sacando la imagen suprema de un hombre. Podía hacerlo á su semejanza, ajustarlo á su sér, plegarlo á la forma de su espíritu, acomodarlo á su carácter; únicamente no podría engrandecerle los ojos hasta darles el tamaño ni el cá-

lido adormecimiento de los de Antonio. Podía, en el *Sombrío,* modificarle el alma, enriquecerle la fantasía, ampliarle la mente, y acoplar su espíritu al de su rehacedora; pero, ¡ay! la figura de Antonio, alta, elástica y varonil, coronada por aquellos dos ojos inmensos, no le era dable sacarla del tosco, porque la materia la crea definitiva sólo la mano de Dios.

A María hacíale también tambalearse la figura del *hombre en rama,* como la atracción de una sima.

Eran los dos hombres muy distintos, pero los dos supremos de hermosura. María luchaba por desviar hacia el amplio amor humano, amor altruista, el inmediato que comenzaba á sentir por el hijo de los montes; y era un batallar contínuo su corazón, entre la misericordia y el deber, entre la lealtad á Antonio y el naciente amor á aquel otro hombre, entre la soberana excelsitud que nace de coronar de luz el corazón de un desgraciado, y el peligro de caer en la locura de adorarle.

El terreno ganado por la presencia del tosco durante uno de los actos de aprendizaje, lo perdía cuando la figura gallarda de Antonio aparecía ante los ojos de ella, reconquistándole al otro banderas, armas y trofeos. Y en este combate interior, consumía todas sus fuerzas la mujer, forcejeaba, y padecía dolores y alegrías sin término. ¿No os da una profunda, una entrañable piedad el enamorado? Más le valiera morir, que agitarse en un temblor de locura; mejor le sería perecer, que perforar su carne con millares de saetas atroces.

El alma de María empezaba á sentirse á las puertas de ese horror pavoroso. Tan grande vuelo llegaron á tomar en ella las contradictorias llamas del incendio, que ya perfeccionado en la lectura y en la escritura el salvaje, María quiso huir de la hoguera antes de que se le abrasaran las ropas y la carne. Y considerando que su casamiento con Antonio era lo que estaba bien ante la sociedad, procuró durante varios días, arrancarse á callados tirones dolorosísimos todas las raíces andariegas del amor del *Sombrío,* y dejar la quinta, al ser enviado con cargo de caporal de los demás pastores al monte, el discípulo de la combatida profesora.

En el mismo día, uno con su hato y con su pena indecible, y la otra metida en cómodo carruaje, partieron, el primero, á la grandeza trágica de las montañas; y la otra á la cascabelera ciudad, que con su borrachera de ruidos distrae de las luchas humanas.

María, siempre dejándose arrastrar el ala por Antonio, orgullosa de llevar al lado el hombre más hermoso de la ciudad, renovó todas sus abandonadas relaciones, sólo sostenidas por una perezosa correspondencia; visitó reuniones, teatros, iglesias, asistió á fiestas elegantes, hizo desfilar por su gentilísima escultura todos los trajes encantadores venidos de París, y al verse halagada, adulada, ensalzada, aplaudida de todos, sintió muy confusamente, alejarse, como los truenos remotísimos de una tempestad que no llegó á romper, la solo enunciada pasión del salvaje.

¡El, entre qué dolores revolcaría y despedazaría su alma, allá entre los montes sombríos!

VI

Con el hato al hombro y el alma llena de negrura, partió en un anochecer el *Sombrío* á reintegrarse á su vida de animal de montaña. No volvió una vez la cara para mirar la quinta, que sin la gentil profesora, se quedó triste como nido desierto. Ascendido á caporal, aunque en su cruel dolor nada podía importarle ser primera autoridad entre los pastores, el solitario traspuso el viso próximo á la hacienda, é ingresó en el camino real con dirección al seco *arroyo de los sauces,* que ondulando durante dos leguas, llegaba al pie del monte más alto de la provincia.

Tenía que llegar á su cumbre el tenebroso hombre, á disponer la campaña de pastoreo de aquella vertiginosa elevación, antes de ir á la cadena de montes más lejana á dirigir todas las complicadas maniobras de pastores y ganados.

Noche cercana del otoño, antes era un poco calurosa que templada, y aunque no hacía luna, estaba el azul todo atestado de estrellas, que vestían aire y tierra de interesante claridad. Era un infinito palio, el cielo, apretado de constelaciones enigmáticas, que arrastraban sus signos indescifrables por el azul impasible y cerebral, todo ocupado de planos lineales de astros, de problemas de luz, de arquitecturas proyectadas de mundos...

El monte, su cumbre secular, divisábase á favor del activo temblor de las estrellas, allá detrás de otro alto conciliábulo de crestones de montañas, que en su misteriosa serenidad, parecían agruparse para celebrar algún remoto juicio de Dios. Y aunque detrás de esa cortina de cumbres era donde clavaba su pie el *Monte Mayor,* se dibujaba, sin embargo, su contorno bíblico, de trazos asustantes, como una torre inmensa, como un cono que subía en forma de cariátide á sostener la balumba del cielo.

Yo os amo, gigantes de la tierra, por encima de todos los promontorios de la Historia. La poesía canta la relativa grandeza de un personaje, y le forma sobre las sienes una corona de luz, que no tuvo: la lente agrandatoria del verso, lo exalta, lo cincela en un tamaño que sólo existe en la retina del genio, y así se queda tallado como un monte. Pero eso es un contorno, que con los *zigzags* de una hora de inspiración enorme, traza la alta calentura de un poeta.

Al monte lo tallan los cataclismos, los latigazos de la electricidad eterna, la actividad geológica trabajando con sus trillonadas y quintillonadas de moléculas, labradoras de lienzos inmutables de granito.

Un viejo dios de éstos, desde cuyos hombros se divisa el mar, es, de cuanto ví en la tierra, lo que me produce más arrebatos de grandeza y de fascinación. *Andes, Pirineos, Himalaya, Mont-Blanc, Chimborazo, Muley Hacem;* vosotros sois mis dioses, mis altares de adoración; en vuestra lengua más alta, arden las estrellas, porque apoya su mano Dios; y á vuestros pies se tiende el mar trastornante, vestido de sublimes portentos. Sois lo que no cabe en ninguna proporción armónica; lo que no entra en ninguna imaginación *discreta,* ni en el varal infinito de ninguna romana. La fuerza de veros, da, ella sola,

al alma más sublimidad y más pensamientos que todo cuanto se ha escrito desde Homero á Castelar, pasando por una cordillera de cráneos excelsos.

Pues en busca de los pies de este gigante, para escalarlos y llegar hasta su frente, iba arroyo arriba caminando el *Sombrío,* llenos los labios del alma de amargores de adelfas, amargor loco, que le encalabrinaba los pensamientos como corceles pataleantes de circo.

Los astros sacaban sutiles dibujos de sombra de los ramajes, para componer blondas inagarrables de misterio, que se esparcían por las cañadas. Los anfibios mirando con sus ojos saltones, sacaban de su garganta su canto de crótalo, que alcanzaba á grandes lejanías: en cada charcal del arroyo, había rebullicio de imbecilidad, danzas, pares de coces, castañuelas y jolgorio de idiotez. ¿Qué misión tendrán en la vida las ranas?...

Allá, como si ladrase dentro de una tinaja distante, un mastín de cortijo, enviaba su voz fragorosa, enronquecida por las épicas luchas del monte.

Y más arriba aún, un cárabo acentuaba con la lamentable isocronía de su acento, los espesores del silencio nocturno.

Nada oía el salvaje: hijo de la Naturaleza, trozo brutal de ella misma, era como si él fuese sonando y no se oyera sus propios estruendos.

Sonámbulo que no sabe en qué círculo de la vida actúa, anduvo y anduvo con la espada de luz de los ojos de María atravesada en el corazón...

Y semejante al mulo enterizo que no ha de procrear y que se destina al broncineo trabajo con los sesos encalabrinados y las fosas nasales llenas de relinchos, así acababa de ser deshechado de la vida el *Sombrío,* y lo restituían al regazo del monte, á los brazos tonificantes del dios de piedra, que, lejos de colaborar á la esterilidad, enriquece de brío, abarrota la vena prolífica, acumula repuestos de sementera humana y da poder plasmante para la creación de nuevos hombres.

Después que describió todas sus curvas el arroyo por donde caminaba el salvaje, éste tropezó con el dedo gordo del pie del monte, y lo trepó: estaba en poder de la escultura, que hundía su frente en los cielos. El arroyo, se quedó á la base de la montaña, rodeándola con bufidos de agua, dentro de una caja estrecha de rocas.

Sentóse, ensimismado el *Sombrío.* El monte, dijérase que inclinó la cabeza altísima, y lo miró.

Toda la montaña hervía en actividad secreta, en coloquios íntimos de creación y de misterio. En su cuerpo se cocían los últimos y rezagados nidos del año; se ordeñaban con alegría eterna los veneros; se desposaban los animales fundiéndose en el momento troquelador; soltaban su túnica rodante las culebras para vestirse de otra nueva piel; una funda de serpiente íntegra, con los huecos de los ojos dibujados, con la cola, con toda su figura, colgaba de una rama de sauce, y parecía, bajo la claridad, una culebra de luz encantada...

Anduvo incansable el *Sombrío,* dentro de la magia de la noche y de los bravos accidentes de la montaña; él conocía todos los enredos de cintas de las veredas, todas sus piedras desarticuladas, todas sus concavidades medrosas, todos sus valles pacíficos, llenos de religión secreta, todos

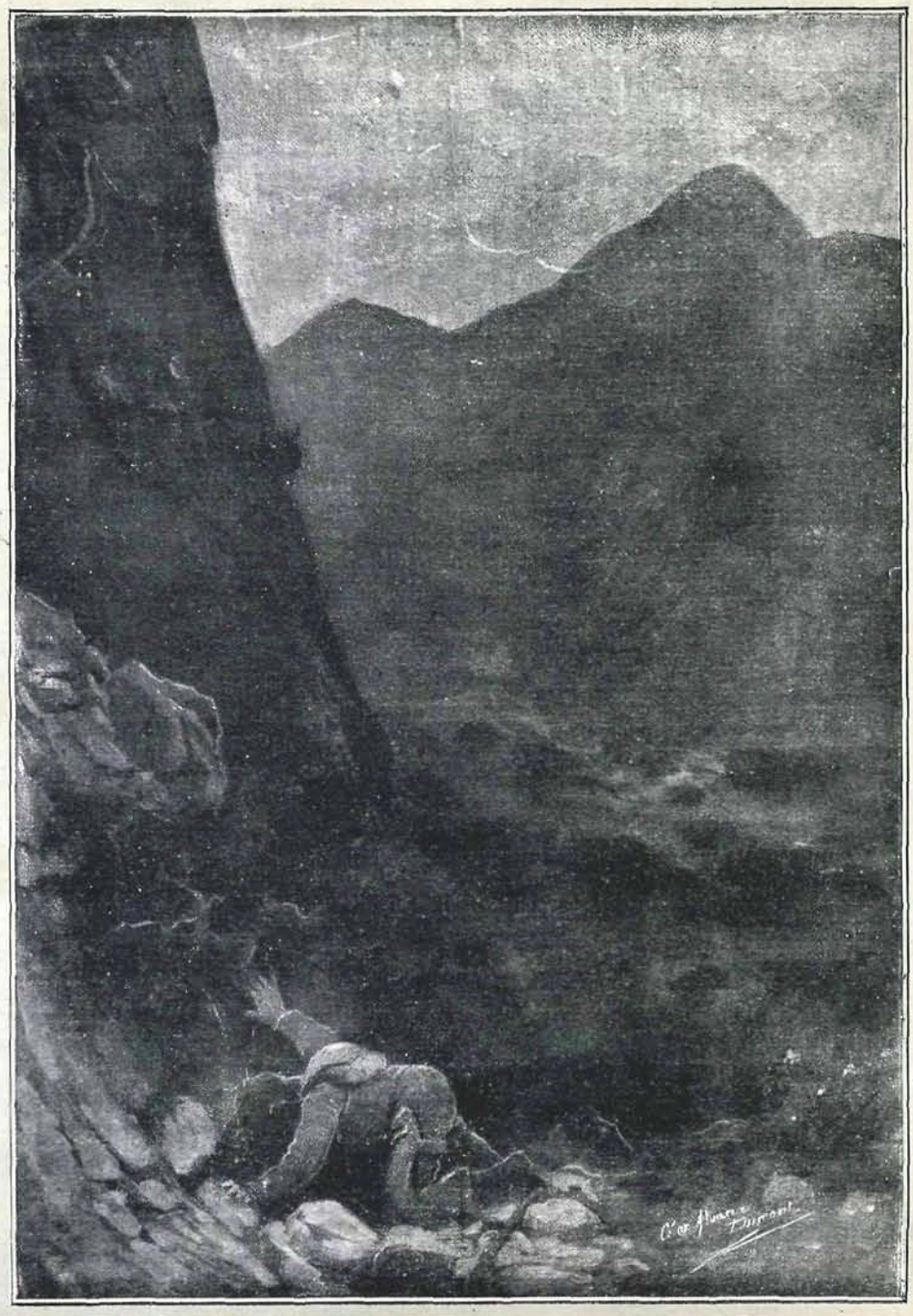
los nacimientos de sus aguas, todos sus nidales de víboras, todos los criaderos de alacranes. En un sauce, cantaba un ruiseñor, junto á su segundo nido rezagado, porque el primero lo rasgaron los vientos y lo destrozaron los granizos. El trino del noctámbulo lírico, se desparramaba por la majestad del monte, desde algunos de cuyos cortijos lo oían las mozas de veinte años, desveladas por el amor. Un cuerpo grande se deslizó y vibró como una lámina de acero que huye. Era un lobo; y luego un largo borrón negro, un buho, rayó el aire y se internó en una gruta. Aquella gruta tenía un eco, un eco largo como un turbante, retorcido como un caracol; dábase un grito á la puerta de la gruta, y allá muy adentro chocaba en no se sabía qué resonadores de riscos seculares, de rocas eternas, y temblaba retorciéndose en una carcajada de espiral. El *Sombrío* se detuvo á la puerta del antro, aplicó la boca á un largo pincho colgante, y un agua de nieve derramó en su sed un raudal de gotas fresquísimas: era una estalactita-filtro, que recibía por dentro, desde gran altura del monte, el secreto de un casto hilo de agua. También aplicando los dedos á la goteante trompeta de granito, se roció las sienes y la frente.

De las cumbres del monte, caían relinchos de potradas. También acordes de notas de collares cabríos. Pastaban de noche las bestias, arrancando la yerba al monte, y el titán, no se enteraba de que nutría la vida de miles de seres. Era como esas deformes ballenas que en la piel llevan ciudades de conchas, pueblos enteros de vivientes marinos, y no notan que son un mapa flotante.

Un mundo de ganados tenía encima el coloso; pero él, excelso, inmutable, sublime, se elevaba sobre todo lo deleznable: cabras y ovejas, hombres y víboras. En el roto haz de crestones, recibía el aliento de sabiduría de Dios, transmitido en la noche, y no interrumpía su alta atención colosal.

¡Qué generosidad la de un dios que no sabe á cuántos pájaros abre las alas; qué ignora cuántos millones de abejas agrupa en renglones inacabables de colmenas que trabajan recitando la oración inconsciente del verso; que desconoce los recentales que cría; las cabras que hace correr por sus desfiladeros; las ovejas que convierte en manantiales de leche; los pinos hombrunos á que redondea las copas; las arañas que deslía; los lobos que harta; las alondras que lanza como surtidores de música á los cielos.

Vida en que la abundancia ha roto todas las estadísticas y ha rasgado todas las operaciones matemáticas, fluye y fluye, repleta é invariable, del dios ubérrimo y generoso, que no apunta lo que dá, y que desde el fondo de los siglos siente que



se le derraman las fuentes paternales en beneficio de los hombres.

Anduvo y anduvo el *Sombrío* en la enmarañadísima magia del monte, trepando y trepando la escultura del titán, subiendo de los pies á las rodillas, de las rodillas á los muslos, de los muslos al vientre colosal, del vientre al pecho, parecido á un estupendo panal de bondad. ¿No es así Dios, como ese monte inmenso, partícula de su grandeza? Y en su seno se guardan patrones de vestimentas de flores, cánones de plantas, moldes inrompibles de pájaros, turquesas de libélulas, troqueles de lobos, arquetipos de todos los seres vivientes de la selva.

Cerca de una roca, en cuya caída vertical se agarraba una fertilísima mata de carrizos, el *Sombrío* se detuvo. No estaba cansado, pero se sentó. Era que en los días de estío, cuando pasaba por allí con los ganados, se sentaba un rato á gozar de la caída de aguas que descendía por los dientes de piedra.

Sentóse ahora también, ya llegado al pecho del dios, y otra vez puso su cabeza debajo del agua, que caía como si regase un peñasco. Recibió la ducha serrana, el raudal silvestre y purísimo en el cerebro, semejante á un beso frío de salud. Mucho tiempo tuvo la trompa bajo la caída benéfica que le barrió la calentura.

Ponía una oreja, sobre la que saltaba el agua como de una concha de bronce; ponía el otro oído, y el agua bailaba encima su danza de salud inalterable; y vuelta á aplicar el cerebro de horno, y vuelta á poner una sien martirizada, y vuelta á poner la otra sien encendida. Se hartó, se empapó, se emborrachó de frescura. Sentóse con el risco del cráneo goteando como el de una escultura berroqueña.

El carrizal, por entre cuyo largo ramaje emborlonado metía jolgorios el agua deshaciéndose en rizos infatigables, temblaba, con intermitencias de ritmo, á la caída de la breve catarata. Por cada tallo larguísmo de la planta, escurrían las gotas en carreras atropelladas: una cuenta, otra cuenta, un collar, una sarta, todas corriendo á carcajadas de alegría, pasaban por los tallos, se despeñaban por los carrizos como las notas de un instrumento agreste de la montaña.

El *Sombrío* conocía su voz; él le llamaba *su guitarra,* con todos sus bordones ariscos, chorreando grandiosa música de monte.

Después de volver á caminar mucho tiempo, llegó el *Sombrío* á la cumbre. Amanecía. Una claridad virginal vestía de castidad el cielo y la tierra.

Un pastorzuelo atraía hacia sí una piara de ovejas, cuyos collares, como orfeón silvestre, cantaban la embalsamada oración de la aurora. El zagal, menos sublime que los collares de las cabras, cantaba un tango á la pura gloria del alba, un tango subido de la civilización, que era la mayor indecencia que han podido oir los hombres sobre el altar de una montaña. La luz de la aurora tiró de un lienzo de la noche y dejó ver tendido el mar en inmenso semicírculo, que se extendía hasta las costas africanas; tiró, después, de otro lienzo de la noche, y destapó lejanos crestones, altas barreras de montañas, contornos vertebrados y apocalípticos de cordilleras enormes, que arqueaban sus lomos como bichos geológicos que abrían al sol sus costillas eternas.

Todo aquello que destapaba la luz, lo cercano y lo distante, era el imperio de la Naturaleza, al que venía como caporal el *Sombrío.* ¡Pobre monarca hirsuto, que no cabía más que entre dientes de sierra, despeñaderos de abismos y arcos de torrentes!

Hasta que otro capricho de la suerte le llevara de nuevo á la quinta, allí le tocaría despedazar su corazón.

El monte, ya rotas las cataratas del día, surgió dominando horizontes infinitos.

Este dios, era la única familia del *Sombrío.*

VII

Al cabo de mucho tiempo, empezó á hablarse en la ciudad del proyectado enlace de Antonio y de María, y eran ciertos los rumores que se propalaban.

Gustosas ambas familias, comenzaron los preparativos del casamiento dos años después de los sucesos relatados, durante los cuales, el infeliz pastor apuró todos los dolores que han apurado los hombres; se hizo taciturno, más hosco, y así de encerrado en sí mismo, fué de nuevo vuelto á trasladar á la quinta.

Al volver, transcurridos dos años, á los sitios en que soñó ser feliz, y verlos, y recordarlos uno por uno, muchas alegrías y muchas tristezas sacudieron su alma con violencia terrible: las heridas de su vida se abrieron otra vez y supuraron odio, venganza.

Ahora se contentaría con ver sólo de lejos á su divina maestra de otro tiempo, porque el *Sombrío* había sido destinado á la vendimia, y no haría más que ir y volver á los campos revuelto con las cuadrillas de vendimiadores.

En vísperas de su boda, María, al verse de temporada en la quinta, ni se acordó de preguntar por el hombre inculto ante el cual se detuvo un momento su alma.

Juntos como los pájaros en la primavera, vagaban María y Antonio, del salón á la biblioteca de la quinta, del gabinete al jardín, de la orilla del lago al cenador cubierto de hojas donde tantas horas de aislamiento pasaban. El *Sombrío* solo iba de los campos á los paseros, revuelto con la gavilla de hombres que cortaban las moscateles y las extendían en los fruteros.

A la ida de uno de estos viajes á las viñas, fué cuando hubo aquella conversación picante de los vendimiadores acerca del inmediato enlace de María y Antonio, conversación que fué cruel para el *Sombrío,* el cual oyó, como si le dieran un mazazo en la frente, la noticia del próximo casamiento.

—En el cenaor los ví, no me se pué olviar,— añadió el hombre de la cuadrilla, continuando aquel diálogo roto, que ahora reaparece, como río que se pierde bajo tierra y vuelve á salir.

—Y dicen que es antes de ocho días cuando se casan.

—Sí, repuso el manijero, mientras recorrían las cepas enguirnaldadas de pámpanos.

—Te se va á casar la novia, *Sombrío,* dijo un bruto, á quema ropa; ¿te acuerdas cuando te enseñó á leer la señorita? Tos creímos que te iba á volver un caballero pa casarse contigo. Y ahora, te la pega con otro.

Una oleada de verdor subió á la tez del martirizado, verdor de ira, de rabia, de pasión: cieno amontonado que tomó por asalto la faz. Nada dijo; extranguló, entre la chacota y risa de los demás, sus impulsos, y al notar su silencio, donde se oía el aleteo de un momento trágico, la conversación de los campesinos tomó otro rumbo.

A poco, espaventado el avispero de pasiones de su alma, loco, ciego, hecho una tempestad, fué cuando aprovechando una sinuosidad del terreno, se escondió entre el espesor de unas matas, se desenlazó de la cuadrilla de vendimiadores, y, sin ser visto, se deslizó hacia el cenador donde oyó que habían visto juntos como en un nido á María y Antonio.

¿Qué espantosa virada fué aquella? ¿Era el *Sombrío* el realizador de una venganza? ¿un sojuzgado? ¿una fuerza arrastrada? ¿un encandilado? ¿un loco de pasión? Venganza no podía ser; de nada tenía que vengarse. Ella le había prometido quererle, pero por misericordia, y cumplió su palabra enseñándole á leer. Luego él tenía que estarle agradecido. Un encandilado y un loco de pasión, sí lo era, pero no tenía prueba de María en qué basar su amor: á nada se comprometió ella, ninguna palabra le dió de adorarle, para que sobre una base firme, él levantara su castillo de sueños. Pudo notar en María inclinación, cariño, á duras penas ahogado, pero aunque se note el nacimiento de una pasión, mientras los labios que la sienten no lo exterioricen, no la concreten, no digan: *Seré tuya,* á nada dan derecho. Entonces, ¿por qué la virada espeluznante del *Sombrío?* Pareció aquello sagaz huída de lobo que busca presa. Pero... ¿cuál? ¿María?; ¿Antonio? A éste no tenía por qué odiarle; le amaba ella, y él correspondía, y eran tal para cual; si la joven bellísima, él arrogante y varonil. El *Sombrío,* pues, era un hombre fuera de la lógica, un río que rompe impensadamente el dique, y barre cuanto pilla.

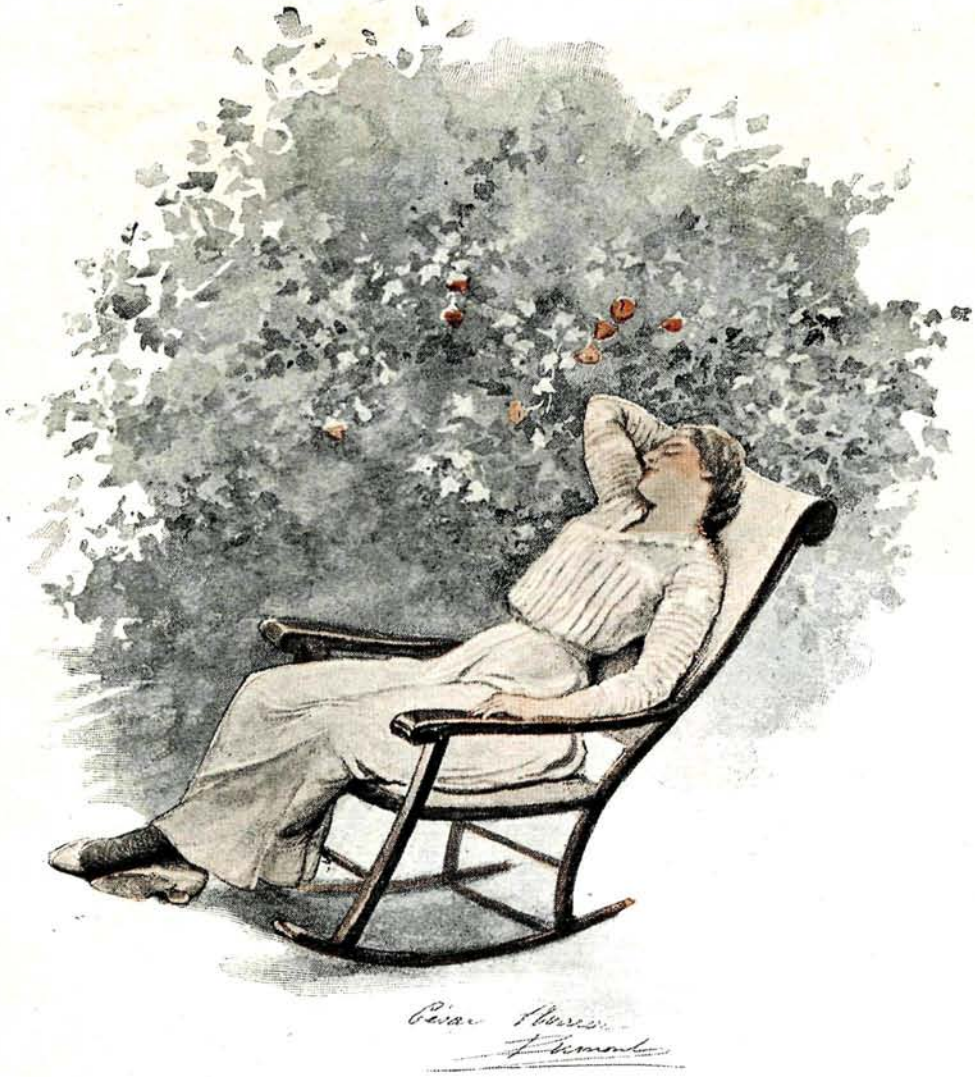
Era mediodía cuando escurriéndose por entre orlas de aldelfas y parrales frondosos, logró con marcha sesga de tigre, colocarse, escondido, delante del cenador, refugio de los enamorados, refugio de Antonio y de María. La red de venas levísimas de lo blanco de los ojos del salvaje, era una trama de sangre; negro dramático de la pupila acosada de hambre de amor.

El mechón de pelos broncos de la frente, le caía como un carrizal; su boca, fieramente amatoria, era semejante á una sangrienta manzana dividida en dos labios gordos, rudos y arrebatados. Parecía como si el hombre primitivo, íntegro y grande, se dispusiese por vez primera al grandioso misterio del amor. Pero, á la vez, asomaban á sus ojos los relámpagos de la lucha.

Las cigarras se despedazaban los élitros, como crátados roncos de lumbre, dejando oir el chorro calcinante de su música. Canta la cigarra, cuando el sol la vuelve un ascua, y entonces la lumbre es la que tiembla y vibra: no es la cigarra, es el sol inoculado en un insecto-esponja, el que se exalta hasta llegar al ruido ronco. Más que el espejo, tú, insecto, atraes al sol, y en lugar de despedir como una placa de cristal el relámpago, lo absorbes, te encandeces, te hinchas, y revientas cantando. Así el poeta con la lumbre divina: recibe á Dios, no como un rebotante espejo, sino como un seno de amor sin fondo, y cuando Dios se desborda del pecho colmado, cae sobre el papel hecho versos inmortales. Del arco de la puerta del cenador, colgaba una jarra en cuyo fondo dormía un puñado de conchas, de esas que refrescan el agua, y en cuya superficie nadaba un limón verde, como una bola tónica y refrigerante. Una malla de gotas perladas la envolvía, corriéndose á veces las gotas leves para formar una gota plena que caía con regularidad matemática de péndulo: la jarra tenía la cintura y el pecho de un cáliz.

Allá, muy remoto, se oía el vocerío de los muchachos detrás de los perdigones, que apenas nacen, llevan la carrera vertiginosa en los pies. Dos tórtolas se arrullaban en el pino que sobre el cenador se alzaba á manera de gigante quitasol: las dos aves daban á María y á Antonio el ejemplo sagrado de la Naturaleza.

Nada de este hervor del silencio escuchaba el *Sombrío,* antento sólo, absorbido, fascinado, por la figura de María, cuyos contornos divisaba al través de la puerta de follaje.



Delante del nido de amor, extendíase un breve lago, que, á aquella hora, dejaba relampaguear su superficie, empavonada de oro por el sol; el *Sombrío* miraba pasearse sobre el haz del agua un violento relámpago, que á cada ondulación del líquido, daba una lanzada á sus ojos, y ni siquiera la sentía, arrollado por la fuerza que le convertía en una máquina tembladora y estallante.

Reclinada en una mecedora, veía el salvaje á su maestra: ¡era ella, más hermosa que nunca, más interesante, más amorosamente abandonada á su felicidad, como ante su dicha cercana! Debía de haberse dormido, porque la divisaba inmóvil sobre la mecedora, echada hacia atrás la cabeza chorreante de rizos de oro, saliente el busto desafiador. Ni un movimiento en su sér: los brazos descansaban, uno sobre el brazo del asiento, otro sobre la concha de su falda. Efecto del calor, tenía desabrochada ligeramente la altura del seno, que se balanceaba á impulso de la respiración amplia y profunda. Dormía.

¡Qué momento para llegar el *Sombrío*, arrojarse á sus pies, despertarla con infinita ternura y caracolear en torno de su vestido, como un perro, besando la orilla de la falda! Pero eran más encendidos que ese sus pensamientos: no estaban sus anterias, desbordadas de fuego y de locura, para escenas de idilios ni de églogas. Lo que el ofuscado procuraba, era indagar si en el cenador se hallaba sola María. Los vendimiadores habían dicho que vieron también á Antonio en el nido. ¿Dónde había ido, pues? Había ido á la huerta por un gran haz de claveles que á ella se le habían antojado, y mientras él recorría los bancales reuniendo la bizarra carga de flores, ella, rendida por la lumbre de la siesta, se quedó dormida. No adivinaba el *Sombrío* dónde pudiera hallarse su rival. Se corrió de un lado para enfilar más de frente la puerta del cenador á ver si estaba sola María, y con el ruido que produjo en las ramas, por poco se descubre.

Contúvose y esperó.

Nada; la cigarra seguía derramando su río de música, y el remoto vocerío de los muchachos persiguiendo los perdigones, iba y venía leve, como lejano acorde de serenata que mecen de noche los vientos.

El relámpago del agua, igual á una gran araña de lumbre, temblaba en la red del líquido, y se lanzaba con sus violentas patas de luz, de un lado para otro, acuchillando los ojos del *Sombrío*: El esperaba.

VIII

Pero no seguro de no ser descubierto en su espionaje, procuró introducirse en el espesor de hojas, que por todas partes derramábase vestido de grandes campanillas. Con sigilo escondió el cuerpo de oso entre las matas de enredaderas.

Y se le ocurrió á cabeza tan tosca una sutileza, un madrigal bellísimo, para no delatarse en su postura de acecho: se le ocurrió arrancar una campanilla, morderle la parte inferior, dejándole un boquete circular, y sujetando la flor como una lente entre un grupo de apretadas hojas, asomóse á tan divino telescopio. Con saga-

cidad de enamorado, que se da lo mismo en el hombre culto que en el salvaje, colocó bien la flor de modo que el borde azul de la trompeta diese hacia el mirador, y ajustó al cáliz sin fondo su retina sojuzgada. ¡Qué extraño catalejo! Nunca se vió otro igual ni en la naturaleza ni en lo humano.

Flor-sagacidad, flor-disimulo, flor-dramática, flor-retina, flor-ojo terrible de fondo encandilado por la violencia, tenía por cerco á su pupila de lumbre, un párpado monopétalo, un solo párpado vegetal. Ni guiñaba, ni se adormecía entre círculo de pestañas: fijo, aterrador, hieráticamente abierto, fascinante, miraba y miraba, como el ojo epiléptico de una pesadilla. De campánula ideal, había ascendido la flor á ojo humano, á ojo de tragedia, ojo parecido á la cuenca azul de un muerto que aun conserva exaltada la pupila. Era digno ventanal del alma de aquel hombre: por el fondo tempestuoso de la flor, pasaba toda la pasión, el odio, el rencor, el deseo, la violencia, la amenaza, la crueldad, el chispazo eléctrico. Y entre tantas flores derramadas por los jardines, entre tantas flores como trepaban por los bardales, por las cercas, por las encañizadas, ninguna como aquella, transformada en retina de un hombre-océano.

Dijérase que la campanilla era un calidoscopio moral que revolvía su profundidad enseñando todos los matices dramáticos: tan pronto fulguraba verde por la envidia, tan pronto azul por los celos, ya sangrienta como arrasada por un arrebato pasional, ya fría como la premeditación de un crimen seguro, unas veces lívida de ira, otras fulgurante de cólera, y todo este drama se revolvía en el delicado interior de una campanilla.

Dios no pudo crear flor más inmensa.

IX

De pronto, un bronco ruido de ramas y unos pasos decididos, hicieron exaltarse aun más el fondo de la flor.

Era Antonio que llegaba, abarcando con los dos brazos un soberano haz de claveles. Eran los que había tenido antojo María de que le trajera al cenador. En el seno de fuego de un clavel, como en un corazón, venía, (aunque los hombres que no nacieron en terreno de sol no lo crean), venía cantando una cigarra; tal vez la que antes, del todo hecha ascua ciega y loca, daba la voz de incendio entre la aúrea congestión de los campos.

No la halló Antonio en el clavel, la vió en una chumbera; y como sabía que alguna vez, cuando ya próxima á reventar cantando, la cigarra, ni ve ni oye, y se está quieta que la cojan, alargó la mano, y de la penca cogió la maravilla cantora. La posó luego sobre el clavel y siguió cantando; y metió la ancha flor de sangre en el haz de las otras, y siguió resonando; y la cernió, al andar Antonio, entre el estremecimiento de todas las flores, y no interrumpió su exaltación lírica; y puso Antonio el clavel dentro de uno de los búcaros del cenador, y la cigarra siguió dando á la siesta su proclama de lumbre.

La habitación de hojas donde dormía la enamorada, se hinchó de música, contuvo la fuente mágica del sonido.

Viendo que María no despertaba, Antonio cogió el clavel músico del búcaro y se lo puso sobre los cabellos de oro: aquello pareció un incendio sonante. Luego colocó el clavel sobre el pecho como si lo colocara sobre racimos de moscateles. Sólo entonces, al sentir la trepidación sonora sobre el pecho, María entreabrió los ojos desorientados. El se apresuró á hacerle señal con el dedo de que callara. Ella no gritó; oyó, miróse al seno, y rió.

Con la voz queda él dijo:

—Está borracha de música: va á morir.

—¿A morir?, cuchicheó ella.

—Cuando van á morir, se ciegan y revientan cantando. Déjala que muera sobre tu pecho.

—Me da compasión.

—¡Qué mejor morir!

—¿Por descansar sobre el clavel?

—Por descansar en tu corazón.

Rió María al verse recién despierta de improviso dentro de tan hermoso instante de poema, y agradeció con los ojos el madrigal.

—Déjala, pronto no vivirá.

—¿Y cómo le haríamos vivir?

—De ninguna manera: es su término natural.

—¿Y si le echáramos una gota de agua encima?

—Se apagaría de pronto y moriría antes.

—¿Luego, no tiene remedio?...

—Ninguno. Creí que tú lo sabías.

—Siempre oí decir que las cigarras morían cantando, pero nunca pude comprobar el milagro hasta ahora.

—Me debes el haberte enseñado un prodigio.

—Que te agradezco con dolor.

—Con dolor, no: es una muerte de luz; un ascua que pasa á ceniza.

—Parece una mosca grande, enorme.

—Una mosca de oro.

—Yo creí que eran panzonas.

—No, mujer. ¿De esas como una bola verde sobre cuatro patas pajizas?

Ella rió y se contuvo temerosa de que á causa del temblor de la risa, pudiese morir la cantora.

—¿Quemaría la cigarra si la agarrase?

—No, mujer; su fuego es otro: no quema, canta.

—Ahora parece que pierde brío la voz.

—Así es.

—¿Irá á desaparecer de la vida con tantos claveles abiertos? ¿cuándo la vida abre todas las rosas?

—Ya baja el sonido.

—Todavía más.

—Apenas se oye.

—Ya calló.

Perdió el equilibrio el insecto al acabar la vida, y rodó del clavel. Los campos quedaron en un repentino silencio.

X

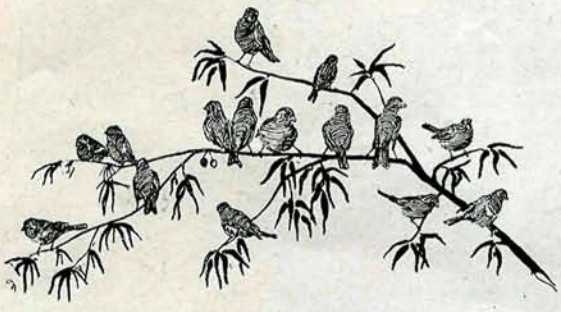
Entonces fué cuando el *Sombrío* oyó la voz clara de Antonio decir:

—Voy á amortajar la cigarra en tus rizos.

Y se inclinó al suelo á coger la silenciosa; la alzó al aire y fué á buscar un sepulcro de oro entre los cabellos de María.

—¡Qué capricho!

—Pero, aguarda—atajó él—que el zagal, mientras cortaba yo los claveles, ha formado una co-



rona de campanillas y deseo ponértela. No es cosa de rehusar la ofrenda.

—Pobre muchacho; pónla si quieres.

—Así; como una reina. Ahora, ve los claveles. No te quejarás de que son pocos.

—¡Qué hermosura! ¡Esto es una maravilla! Los meteré dentro de los búcaros para que se refresquen.

Antonio, bajo el acecho terrible del *Sombrío* que trepidaba de pies á cabeza, fué acercándose con los búcaros, uno á uno, y llenándolos de agua en el chorro limpio que se precipitaba sobre el lago.

Ella llenaba de claveles las vasijas, casando los colores como un ritmo de llamas.

Sentóse, una vez puestos á beber todos los claveles en sus jarros elegantes, y por efecto del sol que calaba las hojas de la estancia, María se llenó de redondeles de luz, que le erizaron las manos y la cara.

En aquel instante, Antonio, haciendo gala de su fantasía de andaluz, é inspirado por el momento pasional, se puso, sin darse cuenta de ello, á realizar una escena bellísima, de esas que imprevistamente se ven con frecuencia en Andalucía. Cuando vió que la romería de lunares de sol filtrado por las hojas se deslizaba perezosísimo sobre el soberano cuerpo de su novia, quiso alejar cada círculo de oro tapando con un clavel el punto del ramaje por donde pasaba la luz.

—No te muevas—dijo,—y verás cómo te quito de las manos y de la cara la molestia del sol.

E inmediatamente acercó la mano á la cara de María, cogió en el revés de los dedos un redondel de oro, llevó la mano hacia el sitio por donde entraba y tapó con un clavel el resquicio. Ella rió, sorprendida y enamorada.

En seguida acercó otra vez la mano á una mejilla de la mujer; recogió como un pájaro amaestrado otro lunar de sol, lo guió con los dedos al muro de hojas y tapó otro intersticio, dejando libre de la llama á María.

—Ahora, este del pelo—rezó Antonio—y recogiendo en el dorso el lunar, lo llevó hasta el punto donde nacía, y tapó el boquete con otro clavel de sangre.

El encaje de pupilas aúreas iba disminuyendo. Una retina dorada subió por las redondeces de la garganta, se deslizó hasta la boca, y sobre el grupo de cerezas de los labios, dejó un beso impalpable, misterioso; subió después á la sién como una gota de fuego y el disco bañó uno de los ojos, que le hizo cerrarse, mientras reía la iluminada y las hileras de arcos de pestañas se inflamaron en los tonos del oro viejo: en medio de aquella caricia luminosa, las pestañas parecían abrasados pistilos de luz...

—Verás cómo no le dejo besarte más los ojos. Y como en las veces anteriores, alargó la mano Antonio para recoger y conducir al muro de hojas la pupila de luz, cuyo resquicio tapó con un disciplinado clavel.

Cogiendo lunares de oro, como quien caza mariposas, estuvo Antonio largo tiempo realizando una maravillosa página del idilio, mientras quedó la bóveda del cenador convertida en un chorreante palio de claveles.

Fiero, terrible, estallante, asomaba el ojo-flor; ojo más bien de tigre, cargado de lumbre, de ira, de venganza.

Pudo ver con tristeza el *Sombrío*, en la escena de Antonio y María, lo que es un galante amador, lo que es el alma de un hombre caballeresco,

que sabe ser amoroso sin dejar de ser gallardo y varonil.

¡Pobre de él!, ¡pobre del *Sombrío!*, pensó de sí mismo, atormentado, arrollado por la violencia de aquella pasión de fiera que había concebido. El no sabía hacer aquello que cautivaba, que rendía el corazón. Era un hombre extraordinario Antonio, mientras él era un oso, una bestia montés, un desgraciado que tuvo el ensueño loco de querer agarrar entre sus manos al sol. Húmedo, chispeó el ojo dramático, en el fondo de la campanilla.

—¡Qué espantoso calor—dijo ella sintiendo la insuficiencia del abanico, que abría y cerraba entre sus dedos.

—¿Quieres quitarte la pereza?

—¿Cómo?

—Con un abanicazo dado con estos claveles.

—No sé cómo.

—Verás. Pero tienes que estarte quieta ante la amenaza del golpe.

—Inventa cuanto te agrade. Obedeceré.

El, recogiendo un mazo de claveles soberbios, lo metió por las anchas flores en el seno de un gran búcaro; movió bien el ramo para que se esponjase de agua, y sacándolo, soltando chorros de gotas, dijo:

—¡A la una!

Ella rió.

—¡A las dos!

Ella rió.

—¡A las tres! Y le sacudió en el seno y en la cara el aguacero de gotas frías.

Ella gritó sintiendo los mil picotazos de nieve.

—Otra vez; espera—añadió él.—Empapó bien el mazo de borlones dentro del búcaro, lo sacó, desramalándose en una lluvia, y otro empedrado de gotas sembró las manos y la cara de la mujer, vistiéndola de una rutilante pedrería.

Entrecortóse varias veces su respiración con el vivo sobresalto, y Antonio quiso inclinarse para besarla.

El ramaje se extremeció. Miraron. Nada se veía.

Conociéndole ella á Antonio la intención del beso, cubrióse, riendo, la cara y gritó:

—¡Quita, quita!

—En vísperas de fiestas—agregó él refiriéndose á las de sus bodas—hay repique de campanas. ¿Qué importa que en vísperas de casarnos oigamos tú y yo un repique de besos?

—En fiestas de esa clase, los repiques son después de la ceremonia.

El *Sombrío* oía el diálogo, sin perder una sílaba, y se le laceraban los huesos de dolor.

—No seas tonta, mujer—continuó Antonio, reteniendo entre sus brazos á María.—¿Ves esas dos tórtolas que pasan de un árbol á otro?

—¿Dónde irán?

—¿Qué dónde irán?... á lo mimo que nosotros. Y si te fijas en todos los animales é insectos de la creación, notarás que á estas horas van en parejas á lo mismo que nosotros, á lo mismo.

Efectivamente: á aquella hora, bajo el sol que removía y fecundizaba todos los gérmenes de la tierra, el seno de la Madre Común parecía un regazo infinito, donde series de procreaciones sembraban nuevos tipos de cada raza, dilatando las sucesiones todas de la vida. Tálamo vastísimo, lecho santo é interminable, del que brotan en incesante hervidero organismos y organismos, la tierra toda, á aquella hora, parecía pasar por un sublime momento de éxtasis, en que

una cópula universal engendraba otra nutridísima cosecha de corazones para que, á su vez, se renovaran en lo futuro. Riego de sol, en que cada átomo luminoso lleva á la Matriz inmortal el impulso de un nuevo sér, el día derramábase desde lo divino, como un nuevo polen de especies venideras.

Respondiendo á tan excelso fin, iban en parejas y en bandadas, y en grupos, por la Naturaleza, insectos de clámides irisadas con cíngulos de pedrería y cabezas esmaltadas de luces; pájaros, que buscaban una sombra donde juntar los picos, en adorable beso de amor; brutos con los vasos estallando de fuego, buscando otros vasos en que hacer la transfusión amorosa.

Todo lo nacido, cielos y tierra, eran un inmenso ovario abierto á la pasión.

Alma sin pareja, corazón sin puente para pasar á otro corazón, el *Sombrío* era la excepción única en medio de aquel derramamiento de fuerza. ¡Qué solo, qué despreciado se vió entre aquella sublime siembra universal! El solamente veía, infructífero, pasar cada año las sementeras, sin tomar parte en la siembra, ni sentir el goce de ver recolectado lo que sembró.

—¿No quieres seguir el ejemplo de todas las cosas, besándome? ¿únicamente tus labios van á permanecer cerrados?—continuó Antonio.

Asomada á los ojos de él, María defendíase de la atracción fascinadora, pero notaba en la divina dejadez de su cuerpo que no tenía ya fuerza bastante para resistir.

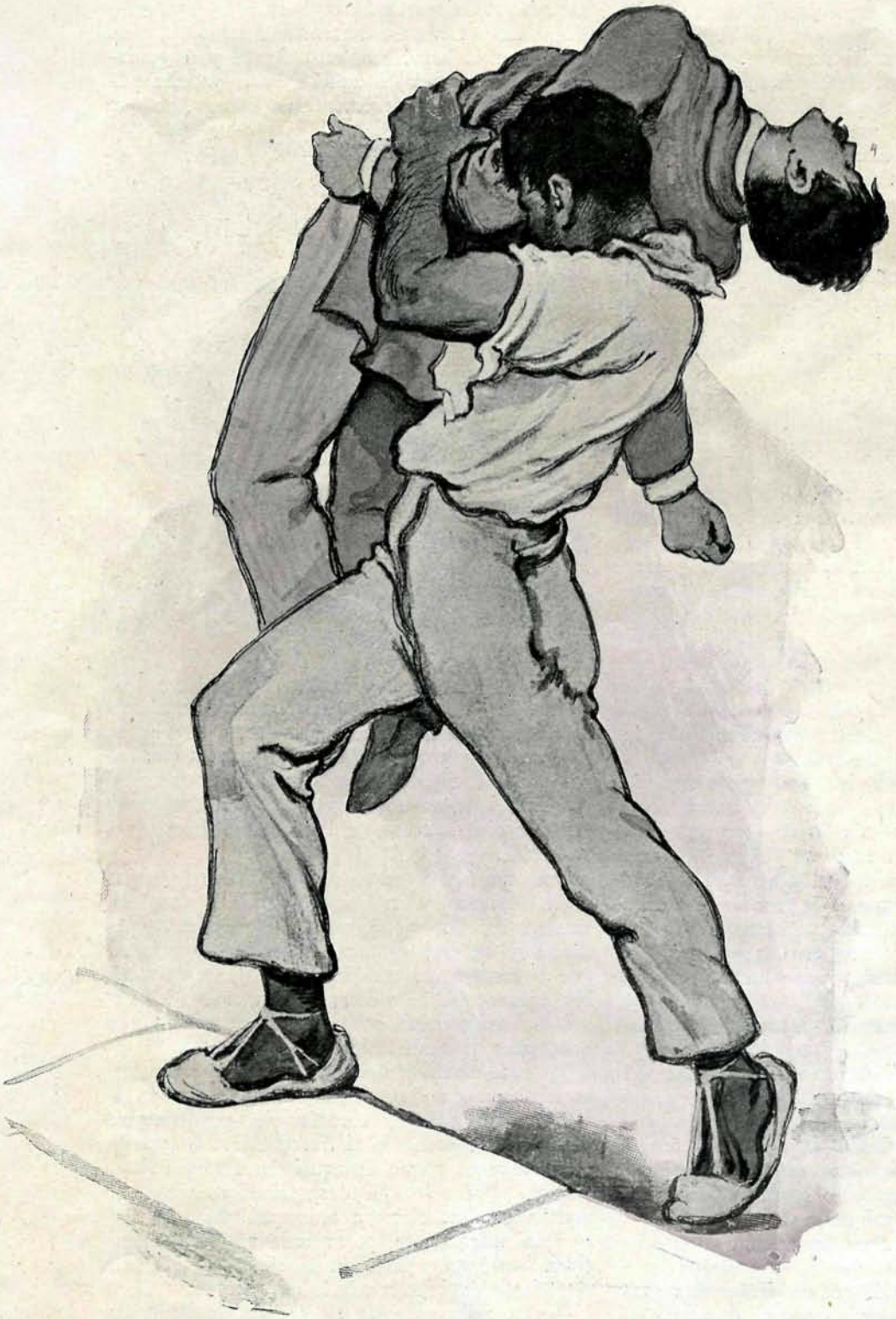
Entonces padeció la enamorada una especie de sugestión. El mandaba con voz queda y dulce, y ella obedecía como una hipnotizada.

Primero, él ordenó:—Bésame en la frente.

Y ella besó.

Después, en las mejillas.

Ella besó.



de su voluntad vencida, despedazada, el instinto le hacía comprender que si llegaba á besar en los ojos abiertos de Antonio, caería para siempre en ellos, como una alondra encandilada.

—Suéltame—suspiró María angustiosamente.

—Bésame en los ojos, que tú adoras tanto.

—Déjame, por Dios.

—Quiero que me beses y que entres por mis ojos en mí

—Te ruego, por lo más santo, que me dejes.

El inclinó sus dos abismos de luz sobre el rostro de María, y mandó imperativamente:

—Besa.

—¡No, no. Yo muero, me salta el corazón!

—Tú besarás. Pero antes, te besaré yo.

Y liándola cada vez más en sus brazos, con una fuerza de exaltado, él comenzó á cincelarla á besos, desde el cabello como una irupción de sol, del cual timbró todos los rizos, hasta la frente, las cejas, las pestañas, que titilaron en un temblor de luz, y

Luego ordenaron los ojos alucinantes de Antonio, que le besara en los labios.

La autómata, puso sobre ellos los suyos.

Después quiso Antonio que le besara en los ojos abiertos. Aquello iba á ser un beso en la luz misma: besar el alma, besar el espíritu asomado á dos enormes cercos de pestañas.

Aproximó Antonio la cara, mientras cogía el cuerpo de ella por la cintura, como quien recoge un trofeo de victoria.

—Bésame en los ojos abiertos—insistió él.

La avasallada resistía. En la última trinchera las mejillas, y la boca encendida, que ya no se cerraba, formando el capullo del beso, sino que se entregaba vencida.

De pronto, reuniendo María todas sus fuerzas, en un instante heróico, se desenredó de los brazos de su novio, que ya era sólo una explosión de vehemencia, y gritó:

—¡Por el cielo; si me quieres, déjame!

—¿Dejarte? Imposible. Eres mía, eres mía.

—Que me lastimas, suelta.

—Jamás.

Y en un rápido movimiento para desasirse de

nuevo, saltó como una llama azul, como un puro pensamiento de virgen, de la corona que antes él le puso sobre las sienes, una luminosa campanilla, como una ilusión que rayó el aire, dió en el pavimento, y por el enrejado de él filtróse y fué á caer en el lago. Era la primera flor perdida de su divina diadema de castidad.

No había de ser, sin embargo, Antonio, el que deshojara los cálices de su azul corona de virgen.

De otra violenta sacudida, volvió á zafarse María, y corrió por la forma circular del cenador, viendo, al través del enrejado del suelo, el agua del lago extremecido, que se bruñía de luces ofuscantes.

Sostenido el cenador sobre columnas, que se hundían en el lago, parecía un templete flotante.

No se escaparía ya la heróica mujer. Sin miramiento de hacerle daño, rojo, ciego, fuese Antonio á ella y la lió con brazos de acero. María comprendió en el acto que aquella vez no tenía salvación, y pidió auxilio con grito desesperado.

—¡ Socorro !—decía—luchando y retorciéndose.

De pronto, oyóse un rasgarse de maleza, como si pasara un jabalí tronchando las ramas; salvó el *Sombrío* la orilla del lago en un sesgo de tigre, y se precipitó en el cenador con los cabellos crizados, los ojos llenos de sangre, los labios como la hendidura de una herida trágica.

Un estupor enorme paralizó á los luchadores, y el asombro ensanchó de emoción sus retinas.

Como si se lanzara en lucha sobre un lobo de la montaña, el *Sombrío* barrió á Antonio de un manotazo, lo elevó como una grúa brutal, y lo tiró fuera contra las rocas. Después cayó sobre él, hecho una tromba de odio, de insensatez, de locura.

Y de un estupendo brinco regresó al cenador. La lucha amorosa entre el oso y la mujer, no se vió. Se oyeron solamente rugidos de león en celo, zarpazos de codicia, gritos guturales de vehemencia, pasión salvaje y magnífica, superior á todo lo visto. Entre los brazos de granito del hombre, ella fué soltando á chorros desiguales, que caían sobre el lago, las ideales campanillas de su corona. Rodaron dos, cuatro, seis, un raudal de flores, luego una lluvia desgranada, como una constelación, caída de sus sienes de virgen.

Nada se veía de la escena de amor. Sólo caían sobre el lago campanillas azules, campanillas azules, campanillas azules...

Madrid, Agosto de 1909.

Salvador Rueda

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria. No se devuelven los originales. Fotograbados de Durá y Compañía. Imprenta de ALREDEDOR DEL MUNDO, Caños, 4, Madrid.

Alrededor del Mundo

El semanario más ameno y más instructivo de España

PROFUSIÓN DE GRABADOS

Dos novelas encuadernables, siempre de gran interés dramático, en cada número

Artículos de viajes, curiosidades históricas, últimos descubrimientos, inventos, ciencia en forma amena y útil, costumbres, informaciones raras, orígenes de apellidos, averiguador universal, recetas útiles caseras é industriales, problemas, etc.

NÚMERO GRATIS DE MUESTRA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En España: Pesetas 2,50 trimestre; 5 pesetas semestre y 10 pesetas año.
En el Extranjero: 4 francos trimestre; 8 francos semestre; 16 francos año.

Oficinas: CAÑOS, 4.--MADRID

Los Contemporáneos
Revista semanal ilustrada

Publica en su número próximo
SARA LA LOCA
Novela de MANUEL DE MENDÍVIL

PÉREZ MOLINA Último «chic» en pulseras de pedida y botonaduras de brillantes.
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 28

LA HABANERA
NADIE DEBE COMPRAR SIN VER PRECIOS DE ESTA CASA. MONTERA, 31.

EN BUENOS AIRES
recibe Los Contemporáneos D. CAMILO VILLARÓ
LIBRERÍA DE LA CONCEPCIÓN
Calle Buen Orden, núm. 945.
Atiende pedidos para la ciudad y provincias

FÁBRICA DE CORBATAS
CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA
PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ, MONTERA, núm. 22

AGUAS DE CESTONA
HEPATICOS
De venta: Plaza del Angel, 18 y farmacias y droguerías. Precio, 1.25 pesetas

LOS CONTEMPORÁNEOS

NÚMEROS PUBLICADOS

1. *"EL LOBO"*.—Novela de *Joaquín Dicenta.*
2. *QUERER Y NO QUERER.*—Novela de *Manual Linares Rivas.*
3. *ROSAS MÍSTICAS.*—Novela de *Francisco Acebal.*
4. *AMOR PROHIBIDO.*—Novela de *Alberto Insúa.*
5. *LA PALMA ROTA.*—Novela de *Gabriel Miró.*
6. *EL CÍNICO.*—Novela de *Felipe Trigo.*
7. *EL DUENDE.*—Novela de *E. Ramírez-Angel.*
8. *ALMA CANSADA.*—*Novela de José Francés.*
9. *LA PASIÓN DE MR. CASTLE.*—Novela de *Eduardo Marquina.*
10. *HUMO DE HOGAR.*—Novela de *Miguel A. Ródenas.*
11. *EL PATIO AZUL.*—Idilio dramático de *Santiago Rusiñol.*
12. *BOHEMIA TRISTE.*—Novela de *Antonio de Hoyos y Vinent.*
13. *CIUDAD MUERTA.*—Novela de *Pablo Parellada.*
14. *LA APARCERA.*—Novela de *José Jesús García.*
15. *FINAFROL.*—Novela de la *Condesa de Pardo Bazán.*
16. *...NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN.*—Novela de *Alejandro Larrubiera.*
17. *EL PEQUEÑO EDISON.*—Novela de *Antonio Zozaya.*
18. *VERANEO SENTIMENTAL.*—Novela de *Rafael Leyda.*
19. *LA SELVA MUDA.*—Novela de *G. Martínez Sierra.*
20. *EL SECRETO DE LA VIDA.*—Novela de *Eduardo Marquina.*
21. *ROSARIO.*—Novela de *Francisco F. Villegas (Zeda).*
22. *LLANURA.*—Novela *de Franciso Antón.*
23. *MI PRIMA ME ODIA.*—Novela de *Felipe Trigo.*
24. *EL HIJO SANTO.*—Novela de *Gabriel Miró.*
25. *RICK.*—Novela de *Eduardo Zamacois.*
26. *DE MI VIDA Y MILAGROS.*—Novela de *Luis Bonafoux.*
27. *SONREIA.*—Novela de *Ramón Pérez de Ayala.*
28. *EL SINO.*—Novela de *Joaquín Dicenta.*
29. *GEORGICA.*—Novela de *Javier Valcarce.*
30. *EL CAMINO DE SANTIAGO.*—Novela de *Prudencio Canitrot.*
31. *PAQUITO CANDIL.*—Novela de *Pedro de Répide.*
32. *LOS GUSANOS.*—Novela de *Silverio Lanza.*
33. *LA REBOLLEDO.*—Novela de *José de Laserna.*
34. *ENRIQUE Y EL ALMA DE ENRIQUE.*—Novela de *Manuel Linares Rivas.*
35. *EN COCHE DE PLATA.*—Novela de *Augusto Martínez Olmedilla.*
36. *ASÍ PAGA EL DIABLO.*—Novela de *Fe-*
gráficas de *Joaquín Dicenta.*
lipe Trigo.
37. *IDOS Y MUERTOS.*—Páginas autobiográficas de *Joaquín Dicenta.*
38. *MANDRAGORA.*—Novela de *Antonio de Hoyos y Vinent.*
39. *LOS OJOS FRIOS.*—Novela de *Eduardo Zamacois.*

EL ÁGUILA

Almacenes de ropas hechas

Géneros y varios artículos

Calle de Preciados, 3.--MADRID

Trajes de Americana - Chaqué - Frac
Levita y Smoking

Camiseria - Corbateria - Sombrereria - Zapateria - Bisuteria - Guanteria - Bastones - Paraguas
Mantas - Impermeables - Gabanes - Chalecos de fantasia - Artículos para viaje

Todo confeccionado con arreglo
á las exigencias del último figurin

SUCURSALES:

Barcelona - Valencia - Sevilla - Málaga - Bilbao - Santander
: : : : : Gijón-Alicante-Cádiz-Valladolid y Zaragoza : : : : :

PRECIO FIJO **TELÉFONO 661**

Imprenta de ALREDEDOR DEL MUNDO
Calle de los Caños, núm. 4.—Madrid.